

1

El mártir

En un camarote de primera clase, a bordo de un crucero que había zarpado de Alejandría rumbo a Nueva York, un débil escritor y profesor de mediana edad llamado Sayyid Qutb sufrió una crisis de fe.¹ «¿Debo ir a Estados Unidos como cualquier estudiante normal, y contentarme con comer y dormir, o debo ser alguien especial? —se preguntaba—. ¿Debo aferrarme a mis creencias islámicas y resistir las muchas tentaciones de pecar o debo sucumbir a las tentaciones que se me presenten?»² Era noviembre de 1948. El nuevo mundo, victorioso, rico y libre, se vislumbraba en el horizonte. Atrás quedaba Egipto, entre andrajos y lágrimas. Qutb no había salido nunca de su país natal. Y no era por voluntad propia que se marchaba en aquel momento.

El viajero era un soltero empedernido, un hombre delgado y moreno, con una frente ancha e inclinada, y un bigote estilo cepillo algo más estrecho que su nariz. Sus ojos delataban un temperamento autoritario y enormemente susceptible. Su aspecto era siempre muy formal y vestía trajes de tres piezas oscuros, incluso bajo el abrador sol egipcio. A un hombre tan celoso de su dignidad, la perspectiva de volver a estudiar a la edad de cuarenta y dos años le podría haber parecido humillante. No obstante, aquel niño de una aldea de casas de adobe del Alto Egipto ya había superado el modesto objetivo que se había fijado, el de llegar a ser un miembro respetable de la administración pública. Sus textos de crítica literaria y social le habían convertido en uno de los escritores más populares de su país. También había provocado la ira del rey Faruk, el disoluto monarca de Egipto, quien había firmado una orden de arresto contra él. Unos

LA TORRE ELEVADA

amigos poderosos y comprensivos tuvieron que organizar a toda prisa su partida.³

Hasta entonces Qutb había ocupado un cómodo cargo de inspector en el Ministerio de Educación. Políticamente, era un ferviente nacionalista egipcio y anticomunista, una postura mayoritaria entre los numerosos funcionarios de clase media. Las ideas que darían origen a lo que se daría en llamar fundamentalismo islámico aún no habían tomado una forma definitiva en su mente; de hecho, más adelante confesó que ni siquiera era una persona demasiado religiosa antes de emprender el viaje,⁴ aunque había memorizado el Corán a los diez años de edad⁵ y recientemente sus escritos habían dado un giro hacia temas más conservadores. Como muchos de sus compatriotas, se había radicalizado debido a la ocupación británica y despreciaba la complicidad del cínico rey Faruk. Las protestas contra los británicos y las facciones políticas sediciosas empeñadas en expulsar del país a las tropas extranjeras, y quizá también al rey, estaban convulsionando Egipto. Lo que hacía que este banal funcionario de nivel medio fuera particularmente peligroso eran sus comentarios directos y contundentes. Nunca había destacado en la escena literaria árabe de la época, algo que le amargó durante toda su carrera, pero para las autoridades se estaba volviendo un enemigo molesto e importante.

En muchos aspectos era occidental: en su forma de vestir, en su amor por la música clásica y las películas de Hollywood. Había leído, traducidas, las obras de Darwin y Einstein, Byron y Shelley, y se había empapado de literatura francesa, sobre todo de Victor Hugo.⁶ Aun así, ya antes de emprender el viaje le preocupaba el avance de una civilización occidental avasalladora. Pese a su erudición, veía a Occidente como una entidad cultural única. Las diferencias entre capitalismo y marxismo, cristianismo y judaísmo, fascismo y democracia eran insignificantes comparadas con la gran dicotomía que anidaba en la mente de Qutb: el islam y Oriente por una parte, y el Occidente cristiano por otra.

Estados Unidos, sin embargo, se había mantenido al margen en las aventuras colonialistas que habían caracterizado las relaciones de Europa con el mundo árabe. Al final de la Segunda Guerra Mundial,

EL MÁRTIR

Estados Unidos superó la división política entre colonizadores y colonizados. Era tentador imaginar a Estados Unidos como un parangón del anticolonialismo: una nación subyugada que se había liberado de sus antiguos amos y los había aventajado. La fuerza del país parecía radicar en sus valores, no en las ideas europeas de superioridad cultural o de privilegios de raza y clase. Y puesto que Estados Unidos se proclamaba una nación de inmigrantes, mantenía una relación permeable con el resto del mundo. Los árabes, como la mayoría de los pueblos, habían establecido sus propias comunidades en Estados Unidos y sus afinidades los acercaban a los ideales que el país afirmaba representar.

Por eso, Qutb, como muchos árabes, se escandalizó y percibió como una traición el apoyo que el gobierno estadounidense había prestado a la causa sionista después de la guerra. En el mismo momento en que Qutb zarpaba del puerto de Alejandría, Egipto y otros cinco ejércitos árabes estaban a punto de perder la guerra que consolidaría a Israel como un Estado judío en el corazón del mundo árabe. Los árabes estaban atónitos, no solo por la determinación y la pericia de los combatientes israelíes, sino por la incompetencia de sus propias tropas y las desastrosas decisiones de sus gobernantes. La vergüenza causada por aquella experiencia marcaría el universo intelectual árabe más profundamente que ningún otro acontecimiento de la historia moderna. «¡Odio a esos occidentales, los desprecio! —escribió Qutb después de que el presidente Harry Truman respaldara el traslado de cien mil refugiados judíos a Palestina—. A todos ellos, sin excepción: a los ingleses, los franceses, los holandeses y, por último, a los estadounidenses, en los que tantos habían confiado.»⁷

El hombre del camarote había conocido el amor romántico, sobre todo los sinsabores del mismo. En una de sus novelas había descrito sin apenas disimulo una relación que había fracasado; después de eso, le volvió la espalda al matrimonio y afirmaba que no era capaz de encontrar una esposa adecuada entre las mujeres «deshonrosas»⁸ que permitían que se las viera en público, una postura que le condenaría a la soledad y el desconsuelo en la madurez. Seguía disfrutando de las

LA TORRE ELEVADA

mujeres —estaba muy unido a sus tres hermanas—, pero la sexualidad le intimidaba y se refugió en una coraza de desaprobación. Para Qutb, el sexo era el principal enemigo de la salvación.

La relación máspreciada que tuvo en su vida fue la que mantuvo con su madre, Fatima,⁹ una mujer inculta pero piadosa, que había enviado a su precoz hijo a estudiar a El Cairo. Su padre había muerto en 1933, cuando Qutb tenía veintisiete años. Durante los tres años siguientes fue profesor en varios destinos provinciales, hasta que le trasladaron a Helwan, un próspero barrio de El Cairo, al que enseguida se llevó al resto de la familia para que viviera con él. Su madre, una mujer profundamente conservadora, nunca se llegó a adaptar y siempre estaba en guardia contra las crecientes influencias extranjeras, mucho más evidentes en Helwan que en la pequeña aldea de la que procedía, influencias que también debían de ser patentes en su sofisticado hijo.

Mientras rezaba en su camarote, Sayyid Qutb seguía dudando de su propia identidad. ¿Debía ser «normal» o «especial»? ¿Debía resistir las tentaciones o sucumbir a ellas? ¿Debía aferrarse firmemente a sus creencias islámicas o desecharlas y aceptar el materialismo y el pecado de Occidente? Como todos los peregrinos, había emprendido dos viajes: uno hacia fuera, por el mundo, y otro hacia dentro, hacia su propia alma. «¡He decidido ser un verdadero musulmán!», resolvió. Pero casi de inmediato dudó de sí mismo: «¿Estoy siendo sincero o solo ha sido un capricho?».¹⁰

Sus reflexiones se vieron interrumpidas por un golpe en la puerta. De pie, fuera del camarote, había una muchacha a la que describió como delgada, alta y «semidesnuda».¹¹ La chica le preguntó en inglés: «¿Te parece bien que sea tu huésped esta noche?».

Qutb respondió que en la habitación solo había una cama.

«Una cama puede acoger a dos personas», le dijo.

Horrorizado, le cerró la puerta en la cara. «La oí caerse al suelo de madera y me di cuenta de que estaba borracha —recordaría—. Inmediatamente di gracias a Dios por permitirme vencer la tentación y seguir siendo fiel a mi moral.»

Así era el hombre —decente, orgulloso, atormentado y con pretensiones de superioridad moral— cuyo genio solitario desestabili-

EL MÁRTIR

zaría el islam, pondría en peligro a regímenes de todo el mundo musulmán y atraería a toda una generación de jóvenes árabes desarraigados que buscaban un sentido y un propósito en sus vidas y lo encontrarían en la yihad.

Qutb llegó al puerto de Nueva York en las Navidades más prósperas que había vivido nunca el país.¹² Durante el período de bonanza de la posguerra todo el mundo estaba ganando dinero —los cultivadores de patatas de Idaho, los fabricantes de automóviles de Detroit, los banqueros de Wall Street— y toda esa riqueza estimuló la confianza en el modelo capitalista, al que había puesto a prueba de forma tan brutal la reciente Depresión. El paro parecía algo ajeno a Estados Unidos; oficialmente, la tasa de desempleo se situaba por debajo del 4 por ciento y, en la práctica, cualquiera que quisiera encontrar un trabajo podía conseguirlo. La mitad de la riqueza total del mundo estaba en manos estadounidenses.¹³

A Qutb debió de resultarle especialmente duro el contraste con El Cairo mientras deambulaba por las calles de la ciudad de Nueva York, festivamente iluminadas por las luces navideñas y con los escaparates de las lujosas tiendas abarrotados de electrodomésticos de los que solo había oído hablar: televisores, lavadoras y otros milagros tecnológicos que atestaban los grandes almacenes en abundancia. Rascacielos de oficinas y apartamentos completamente nuevos se iban alzando en los espacios vacíos de la línea del horizonte de Manhattan entre el Empire State y el edificio Chrysler, mientras en el centro y en los barrios de las afueras se ejecutaban grandes proyectos para alojar a las masas de inmigrantes.

Era normal que, en un ambiente tan optimista y confiado, con una mezcla de culturas sin precedentes, surgiera el símbolo visible de un nuevo orden mundial: el nuevo complejo de Naciones Unidas que domina al East River. La ONU era la expresión máxima del internacionalismo legado por la guerra, y sin embargo la propia ciudad encarnaba los sueños de armonía universal mucho mejor que ninguna idea o institución. El mundo entero acudía a Nueva York porque allí estaban el poder, el dinero y una energía cultural transfor-

LA TORRE ELEVADA

madora. En la ciudad vivían casi un millón de rusos, medio millón de irlandeses y un número similar de alemanes, por no mencionar a los puertorriqueños, los dominicanos, los polacos y un número desconocido de trabajadores chinos, a menudo ilegales, que también habían encontrado refugio en la hospitalaria ciudad. La población negra de la ciudad había aumentado un 50 por ciento en solo ocho años, hasta llegar a los setecientos mil, y también había refugiados del racismo del sur del país. Una cuarta parte de los ocho millones de neoyorquinos eran judíos, y muchos de ellos habían huido de la reciente catástrofe europea.¹⁴ Los letreros de las tiendas y fábricas del Lower East Side estaban en hebreo, y era habitual oír yiddish en las calles. Aquello debió suponer un desafío para un egipcio de mediana edad que odiaba a los judíos pero que nunca había conocido a ninguno hasta que salió su país.¹⁵ La opresión política y económica formaba parte del pasado de muchos neoyorquinos, posiblemente de la mayoría, y la ciudad les había ofrecido asilo, un lugar en el que ganarse la vida, fundar una familia y comenzar de nuevo. Por eso la emoción que inundaba la exuberante ciudad era el optimismo, mientras que El Cairo era una de las capitales de la desesperanza.

Al mismo tiempo, Nueva York era miserable: superpoblada, crispada, competitiva y frívola, una ciudad sembrada de carteles en los que se leía «Completo». Los alcohólicos roncaban en las puertas de los edificios bloqueando la entrada. Proxenetas y carteristas merodeaban por las plazas del centro de la ciudad bajo las espectrales luces de neón de los teatros de variedades. En el Bowery, las pensiones ofrecían catres por veinte céntimos la noche. En los lóbregos callejones se entrecruzaban las cuerdas de tender la ropa. Bandas de rabiosos delincuentes vagabundeaban como perros salvajes por los barrios marginales. Para un hombre que hablaba un inglés elemental,¹⁶ la ciudad estaba plagada de peligros imprevisibles y la natural reserva de Qutb hacía aún más difícil la comunicación. Sentía una angustiada nostalgia. «Aquí, en este extraño lugar, en esta enorme fábrica que llaman el “nuevo mundo”, siento como si mi espíritu, mis pensamientos y mi cuerpo vivieran en soledad», le escribió a un amigo de El Cairo.¹⁷ «Lo que más necesito aquí es alguien con quien poder hablar —le escribió a otro amigo—, hablar de temas que no sean el dinero, las es-

EL MÁRTIR

trellas de cine, las marcas de coches, mantener una verdadera conversación sobre el hombre, la filosofía y el alma.»

Dos días después de llegar a Estados Unidos, Qutb se registró en un hotel con un conocido suyo de Egipto. «Al ascensorista negro le gustábamos porque teníamos un color parecido», contaba Qutb.¹⁸ El ascensorista les ofreció a los viajeros su ayuda para encontrar «diversión». «Mencionó algunos ejemplos de esa “diversión”, perversiones incluidas. También nos contó lo que sucedía en algunas de aquellas habitaciones, en las que podía haber parejas de chicos o chicas. Le pedían que les llevara botellas de Coca-Cola y ¡ni siquiera cambiaban de postura cuando entraba! “¿No les da vergüenza?” le preguntamos. Se mostró sorprendido. “¿Por qué? Solo están disfrutando, satisfaciendo sus deseos particulares.”»

Esta experiencia, entre otras muchas, no hizo sino corroborar la idea de Qutb de que el contacto sexual conducía inevitablemente a la perversión. Estados Unidos aún estaba conmocionado por la publicación de un prolijo informe académico titulado *Sexual Behavior in the Human Male*, de Alfred Kinsey y sus colegas de la Universidad de Indiana. El tratado, de 800 páginas y repleto de sorprendentes estadísticas y comentarios graciosos, hizo pedazos los últimos vestigios de mojigatería victoriana como un ladrillo que atravesara una ventana de cristal. Kinsey revelaba que el 37 por ciento de los varones estadounidenses encuestados habían tenido experiencias homosexuales hasta alcanzar el orgasmo, casi la mitad habían mantenido relaciones sexuales extramaritales y el 69 por ciento habían pagado los servicios de prostitutas. El espejo que Kinsey puso frente a Estados Unidos mostraba un país desenfrenadamente lujurioso, pero también confuso, avergonzado, incompetente e increíblemente ignorante. Pese a la diversidad y la frecuencia de la actividad sexual, en aquella época en Estados Unidos prácticamente nadie abordaba nunca las cuestiones sexuales, ni siquiera los médicos. Un investigador de Kinsey entrevistó a un millar de parejas estadounidenses sin hijos que no tenían ni idea de por qué no lograban concebir aunque las esposas eran vírgenes.¹⁹

Qutb conocía el informe Kinsey²⁰ y lo citó en escritos posteriores para ilustrar su idea de que los estadounidenses no eran muy diferentes de las bestias: «Un rebaño atolondrado y aturdido que no

LA TORRE ELEVADA

conoce más que la lujuria y el dinero». ²¹ En una sociedad semejante, cabía esperar una alarmante tasa de divorcios, ya que «cada vez que un marido o una esposa descubre a alguien con una personalidad chispeante, se abalanzan sobre él como si fuera la última moda en el mundo de los deseos». ²² Las turbulencias de su propia lucha interior se pueden apreciar en la siguiente diatriba: «Una muchacha te mira, mostrándose como si fuera una ninfa encantadora o una sirena huida, pero a medida que se acerca solo sientes el instinto que clama en su interior y puedes oler su cuerpo ardiente, no un aroma de perfume, sino de carne, solo carne. Carne apetitosa, es verdad, pero carne al fin y al cabo».

Con el fin de la guerra mundial, Estados Unidos obtuvo la victoria, pero no seguridad. Muchos estadounidenses creían que habían derrotado a un enemigo totalitario únicamente para toparse con otro mucho más fuerte y más insidioso que el fascismo europeo. «El comunismo se extiende inexorablemente por estas tierras miserables —advertía el joven evangelista Billy Graham—, por China, devastada por la guerra, por la convulsa América del Sur y, a menos que la religión cristiana rescate a estas naciones de las garras de los no creyentes, Estados Unidos se encontrará solo y aislado en el mundo.» ²³

La guerra contra el comunismo también se libraba en el interior del país. J. Edgar Hoover, el maquiavélico director del FBI, sostenía que, en Estados Unidos, una de cada 1.814 personas era comunista. ²⁴ Bajo su supervisión, el FBI se consagró casi por completo a descubrir cualquier indicio de subversión. Cuando Qutb llegó a Nueva York, el Comité de Actividades Antiamericanas de la Cámara de Representantes había iniciado la vista de un redactor jefe de la revista *Time* llamado Whittaker Chambers. Chambers declaró que había pertenecido a una célula comunista dirigida por Alger Hiss, un antiguo funcionario de la administración Truman, uno de los fundadores de las Naciones Unidas y en aquel momento el presidente del Carnegie Endowment for International Peace. El país seguía muy de cerca las vistas, que daban cuerpo a los miedos de que los comunistas estaban al acecho en las ciudades y los barrios periféricos organi-

EL MÁRTIR

zados en células durmientes. «Están en todas partes —afirmaba el fiscal general de Estados Unidos, Tom Clark—, en las fábricas, las oficinas, las carnicerías, en la esquina de la calle, en las empresas privadas, y cada uno ellos porta el germen de la muerte de la sociedad.»²⁵ Estados Unidos creía que peligraba no solo su sistema político, sino también sus tradiciones religiosas. El «ateísmo» era una de las características esenciales de la amenaza comunista y el país reaccionó de una forma visceral a la percepción de que el cristianismo era atacado. «O debe morir el comunismo o debe morir el cristianismo, porque en realidad se trata de una batalla entre Cristo y el Anticristo», escribiría Billy Graham años más tarde, un sentimiento que en esa época compartían gran parte de los cristianos de Estados Unidos.²⁶

Qutb tomó buena nota de la obsesión que empezaba a apoderarse de la política estadounidense. Él mismo era un anticomunista convencido por las mismas razones; de hecho, los comunistas eran mucho más activos e influyentes en Egipto que en Estados Unidos. «Tendremos que seguir el camino del islam o el camino del comunismo», había escrito Qutb un año antes de llegar a Estados Unidos, anticipando la misma escueta formulación de Billy Graham.²⁷ Al mismo tiempo, veía en el partido de Lenin un modelo para la política islámica del futuro, la política que él inventaría.²⁸

En el apasionado análisis de Qutb, había poca diferencia entre los sistemas comunista y capitalista; creía que ambos se ocupaban únicamente de las necesidades materiales de la humanidad y desatendían el espíritu. Predijo que, una vez que el trabajador medio perdiera sus fantasiosas esperanzas de enriquecerse, Estados Unidos se volvería inevitablemente hacia el comunismo, y el cristianismo no podría frenar esta tendencia porque solo existe en el reino del espíritu, «como una visión en un mundo ideal puro».²⁹ El islam, por el contrario, es «un sistema completo»³⁰ que posee leyes, códigos sociales, normas económicas y su propio sistema de gobierno. Únicamente el islam ofrecía una fórmula para crear una sociedad justa y piadosa. Por tanto, la verdadera lucha que acabaría por manifestarse no era una batalla entre el capitalismo y el comunismo, sino entre el islam y el materialismo. E inevitablemente vencería el islam.

No cabe duda de que, aquellas Navidades de 1948, la confron-

LA TORRE ELEVADA

tación entre el islam y Occidente no estaba en la mente de la mayoría de los neoyorquinos. Pero, pese a la nueva riqueza que estaba entrando a raudales en la ciudad y la autoconfianza que siempre lleva aparejada la victoria, había un sentimiento generalizado de inquietud por el futuro. «La ciudad, por primera vez en su larga historia, es destructible —había observado el ensayista E. B. White aquel verano—. Un vuelo de aviones no mayor que una bandada de gansos podría poner fin rápidamente a esta fantasía insular, quemar las torres, destruir los puentes, convertir los túneles del metro en cámaras de la muerte e incinerar a millones de personas.»³¹ White escribía en los albores de la era nuclear y el sentimiento de vulnerabilidad era algo bastante nuevo. «En la mente de cualquier soñador perverso podría saltar la chispa —observó—, y Nueva York tiene un permanente e irresistible encanto.»

Poco después del comienzo del nuevo año, Qutb se trasladó a Washington,³² donde estudió inglés en el Wilson Teachers College.* «La vida en Washington es buena —admitía en una carta—, sobre todo porque vivo muy cerca de la biblioteca y de mis amigos.»³³ Qutb recibía una generosa asignación del gobierno egipcio. «Un estudiante corriente puede vivir bien con 180 dólares mensuales —escribió—. Sin embargo, yo gasto entre 250 y 280 dólares al mes.»

Aunque Qutb procedía de una pequeña aldea del Alto Egipto, fue en Estados Unidos donde descubrió «un primitivismo que nos recuerda la época de las selvas y las cavernas».³⁴ En las reuniones sociales abundaban las charlas superficiales. La gente llenaba los museos y las salas de conciertos, pero no acudían allí para ver y oír, sino más bien impulsados por una desaforada y narcisista necesidad de ser vistos y oídos. Qutb también llegó a la conclusión de que los estadounidenses eran demasiado despreocupados. «Estoy en un restaurante —le escribió a un amigo de El Cairo— y tengo enfrente a un joven estadounidense. Sobre la camisa, en lugar de una corbata, lleva una

* El Wilson Teachers College se asoció con otras tres facultades para formar la Universidad del Distrito de Columbia en 1977.